

Daniele Giglioli, *Crítica de la víctima, un experimento con la ética*, 2017, Barcelona, Herder, trad. de Bernardo Moreno Castillo, 130 pp.

RECEPCIÓN: 27 de febrero de 2018.

APROBACIÓN: 11 de septiembre de 2018.

Hay libros que sirven como brújulas que salvaguardan el destino de nuestras investigaciones; otros, nos resultan puentes para librar lagunas de conocimientos. Algunos parecen remedios que cauterizan los errores argumentativos y unos más son ácidos que nos ayudan a disolver nuestras certezas. Estos últimos suelen ser incómodos, retadores y —profundamente— útiles, pues los pilares sobre los que argumentamos reclaman ser sometidos a la revisión y a la crítica. Nos guste o no, de vez en vez hay que inspeccionar el cuarto de máquinas, engrasar las tuercas y limpiar engranes.

Esto es lo que hace Daniele Giglioli en la *Crítica de la víctima*, un sugerente libro, más cercano al ensayo que al texto académico, que pone en duda una de las coordenadas más importantes en las que se debate la política de nuestros días: la categoría de víctima y su inevitable santificación. En los tiempos de lo profano, las víctimas han ocupado el lugar que otrora estuvo reservado para los mártires religiosos. La obra cuestiona el imaginario maniqueo y adelanta los riesgos de mantener la retórica actual.

Daniele Giglioli (1972) se licenció en literatura moderna en la Universidad de Bologna; se doctoró en teoría y análisis de textos en la Universidad de Bérgamo, donde actualmente es profesor de crítica literaria y literatura comparada.

Los trabajos de Giglioli respetan poco las fronteras académicas. Aunque es experto en literatura, sus argumentos transitan con soltura entre la filosofía y la teoría política. Sus páginas circulan dentro del marco de pensamiento continental, reflexiona a coro con Agamben, Girard, Honneth, Butler, Wolff, Badiou y otros. De hecho, el subtítulo del libro (“un experimento con la ética”) anuncia ya lo complicado del tema y la imposibilidad de alcanzar

una solución exclusivamente teórica. Lo que perturba a Giglioli de la situación de las víctimas y la retórica humanitaria es la renuncia a la transformación, la pasiva resignación —entendida como otro mecanismo de poder— y la ausencia de praxis.

Crítica de la víctima fue publicado en italiano en 2014 (Figure Notte-tempo). Tras su buena recepción, la editorial Matthes & Seitz Berlin publicó en 2015 la versión alemana con el título *Die Opferfalle*, y un subtítulo muy sugerente: *Wie die Vergangenheit die Zukunft fesselt* (“cómo el pasado seduce al futuro”). Finalmente, en 2017 fue traducido al español por Herder.

Conocí el trabajo de Giglioli cuando publicó en inglés, en 2015, el artículo “No Name City. Eclipse of the conflict and dispositifs of impotence”,¹ en el que adelantaba algunas de las posiciones que mantiene en la *Crítica de la víctima*. En su artículo, Giglioli perfiló cinco dispositivos entre los que transitan los discursos políticos contemporáneos: terror, trauma, victimización, miseria simbólica y estado de excepción. Para ilustrarlo, Giglioli se valió del *Ensayo sobre la lucidez* de José Saramago para hilar filosofía, ética, política y literatura. Este modelo, rasgo distintivo del autor, también se refleja en el libro objeto de esta reseña.

Crítica de la víctima está dividido en tres capítulos; en el primero, habla sobre la piedad injusta, la inmunidad, los vulnerables. En el segundo, sobre la vergüenza y el orgullo, el escándalo de la historia, y se pregunta por qué nos odiamos. Finalmente, en el tercer apartado cuestiona las ideas de inocencia, historia y lo inalienable.

Resalto la relevancia ética y política de la distinción entre víctima y ética (mitología) victimista que ofrece el autor. Para ilustrar la primera, seguiré la tensión entre agencia moral y víctimas; para la segunda, la que ocurre entre populismos y la mitología victimista. El autor parte de la idea de que política y conflicto son sinónimos; por ello, la tensión entre los grupos es esperable. Reconoce que hay víctimas reales, las personas o grupos cuya agencia ha sido impedida *de facto*.² El autor trata poco este tipo de víctima, porque “el objetivo polémico no lo constituyen aquí, como es obvio, las víctimas reales, sino más bien la transformación del imaginario de la víctima en un ‘instrumentum regni’ y en el estigma de impotencia e irresponsabilidad que este deja en los dominados” (pp. 14-15).

¹ Daniele Giglioli, “No Name City. Eclipse of the Conflict and Dispositifs of Impotence”, *Between*, (2015), vol. 5, pp. 1-15.

²“En la víctima verdadera, la incapacidad es un *de facto* que deviene en un *de iure*: si hubiera podido defenderse, no habría terminado siendo tal” (p. 97).

Giglioli, en cambio, se enfoca en la ética victimista que ofrece una universalidad espectral, irresponsable (el que está del lado de las víctimas, nunca se equivoca). Dicha universalidad crea una nueva clase social impune y poderosa: “de ahí el emerger de esa forma enfermiza de la aristocracia del dolor, de la meritocracia de la mala suerte —y en secreto, aunque a veces ni siquiera eso, de la convicción de que, ‘si nos odian, es porque somos mejores’” (p. 39). Sin embargo, el planteamiento es tan irresponsable que solo puede sobrevivir mediante la mitificación. Ese es el paso de la ética a la mitología victimista.

Cuando la maldad se presenta desnuda y de cuerpo entero, pareciera ser que no existe problema en identificar a la víctima. El problema es que la maldad no suele presentarse así. La víctima adopta un repertorio de posibilidades morales accesibles, independientemente de la bondad o maldad de la causa.

Víctimas y agencia moral

En cuanto a las víctimas y la agencia moral, el autor sostiene que en el imaginario actual, “la víctima es el héroe de nuestro tiempo. Ser víctima otorga prestigio, exige escucha, promete y fomenta reconocimiento, activa un potente generador de identidad, de derecho, de autoestima. Inmuniza contra cualquier crítica, garantiza la inocencia más allá de toda duda razonable”. Tiene razón. Pero esto no es una casualidad, sino la consecuencia inmediata de la bancarrota moral por la que pasó la humanidad durante la Segunda Guerra Mundial. Giglioli encuentra ética y políticamente complicado tanto la omisión temporal, *de facto* o *de iure*, de la agencia que sufren las víctimas. La entiende como potencia (p. 110), como el impulso a “transformarse uno mismo transformando el mundo” (p. 52), mediante “la palabra y la acción” (p. 91). Negar la agencia es negar la humanidad; sin embargo, la ética victimista ha optado por la inacción y, por ende, “la víctima es irresponsable, no responde de nada, no tiene necesidad de justificarse: es el sueño de cualquier tipo de poder” (p. 12).

Por otra parte, el concepto de víctima, como lo entendemos, se forma a partir de los relatos de los supervivientes de los campos de concentración. En los textos de Primo Levi y Jean Améry —señala Giglioli— encontramos encendidas llamadas “a la vergüenza inculpable de los supervivientes, tematizándola, indagándola, maldiciéndola incluso, pero en ningún caso reconvirtiéndola en orgullo: ‘Será sobremanera ridículo —escribió Améry— reivindicar orgullosamente algo que no se ha hecho, sino solo se ha padecido’” (p. 57).

Me gustaría precisar que los escritores que sobrevivieron al Holocausto y que narraron en sus novelas el infierno de los campos de concentración y las desgracias de las víctimas, fueron tres: Jean Améry, Primo Levi e Imre Kertész. Escribieron sus adversidades desde diferentes ópticas, insistiendo en distintas aristas. Los tres asumieron una posición de control sobre el final de su vida y dos se suicidaron: Jean Améry consumió una sobredosis de somníferos y Primo Levi se lanzó por el cubo de las escaleras de su departamento. Por su parte, Kerstesz, Premio Nobel de Literatura en 2002, se negó a la procreación. En su novela *Kaddish por el hijo no nacido*, hace que el protagonista explique las razones de su negativa al hijo que no pudo tener: “tu no-existencia es la liquidación radical y necesaria de mi existencia. Porque solo así adquiere sentido todo cuanto ocurrió, cuanto hice y cuanto me hicieron, solo así tiene sentido mi vida absurda y también el hecho de proseguir aquello que empecé, o sea, vivir y escribir”.³

El suicidio y la no procreación son decisiones definitivas, posiblemente cuestionables, que muestran la agencia moral de quienes las eligen. Los tres autores son fallas del sistema de la destrucción humana, son víctimas y son sobrevivientes cuyas elecciones (escritura y rumbo final) dan muestra de su capacidad de agencia. Améry, Levi y Kerstész representan a las víctimas reales: aquellas a las que, por un momento, se les arrebató la agencia. Dicho arrebato encontró resistencia y no fue, en ningún sentido, destino marcado. En su vida y en su obra, después de la Shoa, fueron e hicieron lo que proyectaron para ellos mismos.

172

Ética victimista y populismo

Una consecuencia indeseable de la mitología victimista es la alianza con los modelos populistas de derechas o izquierdas. La condición de víctima trae aparejado un halo de validez social que resulta fácil de aprovechar. Los líderes populistas explotan esa condición y la pervierten para esconder a su opuesto: la posición de verdugos. Señala el autor que: “El líder que se comporta como víctima propone a sus gregarios un pacto afectivo implícito —y a veces también explícito—, una identificación mediante la potente palanca del resentimiento” (p. 30). Y así confunden la pérdida de privilegios con la vulneración de derechos.

³ Imre Kertész, *Kaddish por el hijo no nacido*, 2002, Barcelona, Acantilado, traducción de Adan Kovacsics, p. 42.

En los últimos tiempos hemos visto que los supremacistas blancos se proclaman como las víctimas de los inmigrantes; los agentes del Estado señalan los abusos de la sociedad civil; los depredadores sexuales se asumen como románticos torpes o como mártires de la seducción; los grupos racialmente dominantes ya hablan de “discriminación inversa”. Todos ejercen la pasividad de la ética victimista: ora para ejercer nuevos mecanismos de poder, ora para perpetuar atrocidades. De continuar esta tendencia, Casanova enjuiciaría a las mujeres, la SS a los judíos y los toreros al toro.

La lógica binaria víctima-verdugo divide sociedades y polariza las discusiones políticas. En opinión de Giglioli, por ello aparecen nuevos dispositivos de control como “el complot, la conspiración, la conjura omnipresente y universal” (p. 111). Habría que añadir que en los últimos años hemos escuchado a actores políticos abusar de dichos conceptos. Pocas veces en la historia la categoría social de impotente ha generado tanto poder.

Hacia el final del libro, y a manera de resumen, el autor nos recuerda los ángulos difíciles de la retórica victimista:

Vacía la agencia. Perpetúa el dolor. Cultiva el resentimiento. Corona lo imaginario. Alimenta identidades rígidas y a menudo ficticias. Hince al pasado e hipoteca el futuro. Desalienta la transformación. Privatiza la historia. Confunde la libertad con la irresponsabilidad. Enorgullece la impotencia, o la encubre con una potencia usurpada. Se las entiende con la muerte mientras finge compadecerse de la vida. Cubre el vacío que subyace a toda ética universal. Obvia —o incluso rechaza— el conflicto y se escandaliza de la contradicción. Impide captar la verdadera falta —o carencia—, que es un defecto de praxis, de política, de acción común. [p. 109]

Como dije al inicio, *Crítica de la víctima, un experimento con la ética* es un libro incómodo porque cuestiona un concepto sensible y de uso diario; por eso vale la pena leerlo con atención, pues sus precisiones desnudan la impostura: lo que las víctimas reales quieren es recuperar su voz y sus acciones, no que otros lo hagan por ellas. *Crítica de la Víctima* es una lectura ácida y necesaria para comprender los planteamientos políticos y las posibilidades éticas actuales.

VALERIA LÓPEZ VELA
Universidad Anáhuac